

El día que maté a mi padre

Confesiones de un excomunista

(...) ¡Pensar que estoy aquí porque me mandó el Partido!

¿Se da cuenta, Mario? Si viviéramos en Polonia, nos fusilaban a los dos.

¿Vio lo que le pasó al pobre Schneider?

(...) ¡Cómo lo cagaron! Mire que si había alguien *bolche, bolche*, ése era él. Resulta que, en plena dictadura, escribió un librito, se lo editó el Partido. Lo tituló *El sexo y la revolución*.

(...) La cosa fue que alguien descubrió que el viejo médico justificaba la masturbación. ¿Se da cuenta? ¿Se podía ser comunista y pajero al mismo tiempo! ¡Un horror! Se armó tremendo escándalo.

Pero, escuche cómo me enteré:

Mis jefes me ordenaron que citara a una reunión “bajo estrictas medidas de seguridad”. Eran tiempos oscuros, en pleno Proceso –sería a mediados de 1979-, había que tomar recaudos por los seguimientos, nos jugábamos la vida...

(...) Nos acomodamos alrededor de la mesa y, mientras tomábamos mate, nuestro jefe dijo: “Va a venir el camarada Fana”.

¡El segundo capo del Partido en persona! Para que se dé una idea de la importancia del ilustre visitante: yo en ese momento era un tipo con un cargo alto y no lo conocía...

(...) Fana se presentó, se acomodó en la silla y empezó a hablar. Era un tipo de modales sencillos. Económicos, digamos. “No podemos admitir –dijo– que un libro así –el de Schneider, claro– llegue a nuestros camaradas más jóvenes. Es un mal ejemplo, nosotros tenemos que formar militantes abnegados, no se deben estimular las debilidades pequeño-burguesas. ¿Qué tiene que ver la moral revolucionaria con esto? –preguntó mientras sacudía la pequeña obra del doctor–. Yo, camaradas, estuve preso y jamás necesité masturbarme”.

Y sí... pasaba algo grave.

Durante los días siguientes, desafiando a las fuerzas armadas y de seguridad nos dedicamos a recolectar, uno a uno, casa por casa, los ejemplares de *El sexo y la revolución*...

.....

(...) ¿Les conté cómo llegué a Mario, el discípulo parlemitano de Freud?

Como les dije, yo era un dirigente. Bueno, el partido protegía a sus cuadros. Y proteger a los cuadros era también velar por su salud. Entonces, al PC más

ordenado de Occidente no le podía faltar su propia obra social. ¡Sí, señores, un servicio médico integral! ¡Y de máxima calidad!

A mí me tocó el primer chequeo anual con un experimentado clínico que atendía en Villa Urquiza. Hice la rutina (análisis de orina y sangre, radiografía de tórax) en los lugares que me indicó el galeno (tenía, como corresponde una cartilla de prestadores partidarios) y volví a verlo al mes siguiente con los resultados.

(...) Nos estábamos despidiendo cuando estallé, tímidamente, en un ataque de sinceridad: “Discúlpeme camarada, pero yo me siento anímicamente medio...”

Volvimos a sentarnos y, con una voz que sonó instantáneamente paternal, me invitó a que le explicara un poco más en detalle qué me sucedía. Logré esquivar aspectos escabrosos que pudieran confundirse con desviaciones ideológicas y le pedí un psicólogo. “De confianza”, claro.

(...) Ese fue el inicio de mi relación con Mario, analista y miembro del staff de nuestra prestadora.

.....

“Estaba fuera de sí, golpeó la mesa con tal furia que derramó la cafetera completa sobre el escritorio y manchó toda su remera. Por lo visto, había perdido hasta la sensibilidad al calor. Inclino el cuerpo hacia atrás, tomó su cabeza entre las manos. Gritó: ¡yo tendría que molerte a trompadas! Hizo silencio. Volvió a aullar cosas tremendas, dolorosas. Y luego entró en una especie de calma amenazante... Me asusté mucho, quería salir corriendo. De pronto, se puso de pie. Era una mole desbordante, un peso pesado de casi dos metros y ciento y pico de kilos que volvía al ring para aplastar al rival que lo había desafiado. Traté de replegarme, casi me caigo de la silla. Vi sus brazos que avanzaban hacia mí en forma de tenaza. Me alcanzó con toda su estructura. Cerré los ojos y esperé el primer trompazo. Me levantó del asiento como si yo fuera una marioneta sin hilos. Dejé que me transportara, mansamente. Respiraba como un león azotado. Sentí su aliento caliente sobre la cara. Apretaba mi cuerpo sobre el suyo y acariciaba mi espalda. Ya no rugía, ahora lo suyo eran gemidos. Estaba llorando, llorando desconsoladamente. Y repetía: ‘no te preocupes, Jorgito, de ésta vamos a salir juntos’.”

(...) Salí del Comité Central a toda velocidad. Me temblaban las piernas, Mario, estaba impresionado por ese encuentro con el jefe de la Juventud Comunista, pero ya no sentía temor y mucho menos arrepentimiento.

(...) Corrí una cuadra por la calle Agüero hasta alcanzar Córdoba. Tenía la camisa empapada en sudor. Entré en un bar con aire acondicionado y me

puse a escribir desenfrenadamente. Anoté cada detalle del monólogo de Julio César en mi libreta de apuntes, la misma que hasta el día anterior utilizaba para registrar las reuniones.

(...) Pero... espere, espere. ¡Uy, que turro! Hablando de muerte: me acordé de algo...

¿Sabe que más me dijo esa bestia en medio del ataque?

¡Psicópata, hijo de mala madre...! Me dijo:

“Pensalo bien, Jorge, irse del partido es como matar al padre”.

¿Mario, irse del partido es como matar al padre?

.....

(...) Papá, hice de vos lo que yo necesitaba que fueras. Construí en mi cabeza un hombre poderoso, ajeno a las debilidades humanas, transparente, seguro de sí mismo, y por lo tanto inalcanzable. Esa fue la llave de mi salvación y también, mi primera condena. Me esforcé tanto por convertirme en tu más fiel seguidor que me enamoré de tus mismos amores.

No podría decirte cuándo ni cómo, pero un día empecé a tener dudas. Fue un proceso interno, silencioso, incontenible.

(...) Una vez, en plena dictadura, participé en una reunión clandestina del Comité Ejecutivo de la Federación Juvenil Comunista. Ingresé a la casa quinta donde sesionábamos, tres días antes de la fecha estipulada para el plenario (se hacía así para evitar los movimientos sospechosos: primero entraban los miembros de menor rango y, gradualmente, se iban sumando los demás). Finalmente -el sábado-, llegaron los integrantes del secretariado nacional del partido. Venía cada uno en su auto, acompañados por sus respectivos choferes.

(...) Cuando arribó Arnedo Alvarez, secretario general del partido, fuimos todos a recibirlo como si fuera un jefe de Estado. En el lugar ya se encontraban sus ministros: Orestes Ghioldi, Fernando Nadra, Rubens Iscaro y otros importantes funcionarios.

Mis compañeros estaban felices, para ellos era una jornada de fiesta. Yo, en cambio, viví uno de los peores momentos de mi carrera como dirigente. Me sentía ajeno y, por lo tanto, un farsante.

(...) Esa noche de insomnio, tirado sobre la cucheta del cuartel general de la organización que me había cobijado durante tu larga ausencia, decidí que debía cambiar el rumbo.

Allí comencé a planificar la despedida. Que era también una forma de despedirme de vos.

Miércoles 23 de enero de 1985.

(...) Como un visitante, golpee tímidamente. Desde adentro, la inconfundible voz de Julio César me habilitó para ingresar.

Sin demasiados prolegómenos, quien apenas unas semanas atrás había llorado sobre mi tambaleante estructura, comenzó a leer, con ritmo marcial, la sentencia, ayudado por un apunte prolijamente escrito en papel oficio.

“Camarada Jorge Sigal...” -comenzó como si en la sala alguien pudiera confundir al destinatario. Y, siempre en tono inquisidor y la voz un tanto impostada, continuó-: “El secretariado nacional de la Federación Juvenil Comunista ha discutido tu situación y llegó a la siguiente conclusión:

Primero. Que has perdido la cosmovisión marxista del desarrollo social.

Segundo. Que has perdido la confianza en la clase obrera y el pueblo.

Tercero. Que has perdido la confianza en el partido de vanguardia de la clase obrero, el querido Partido Comunista.”

(...) El jefe, impasible, siguió con el veredicto: “Ante esta gravísima actitud, la dirección de la Federación Juvenil Comunista te ofrece dos caminos a seguir:

Uno. Que libres batalla política en el seno de su Comité Central, ateniéndote a las consecuencias que, seguramente, serán muy severas.

Dos. Que argumentes tu determinación basada en cuestiones personales, por ejemplo que querés dedicarte a concluir tu carrera universitaria o que tenés una crisis vocacional y que tomarás un tiempo para superar este lamentable momento”.

Por último, dueño de una calma propia de un juez imparcial, interrogó: “¿Qué preferís?”.

Desde que encontré cierto equilibrio entre aquel retrato que pinté sobre vos en la niñez, un personaje invencible, poderoso, de convicciones inalterables, y el hombre real, el que se ahogó por un acto de imprudencia en un brazo del Paraná, las cosas se van acomodando de manera más natural.

Fue un proceso difícil, viejo. Porque -como me explicó Mario- si todo hijo tiene en algún momento que destronar a su padre para iniciar su propio camino, en mi caso debía luchar contra el fantasma de un padre muerto, un héroe que no admitía rebeliones, simplemente porque los muertos se cristalizan en el alma de sus descendientes.

(...) Te recuerdo cómo fue el accidente del Tigre; repasemos juntos aquel instante en que desapareciste en las aguas turbias de ese río traicionero.

Vos estabas con mamá y Hugo en el yate; habías aceptado la invitación de un colega del Hospital Muñiz para navegar por primera vez. Tu hijo menor tenía cinco años recién cumplidos. El dueño del barco te imploró que le pusieras salvavidas, pero te pareció innecesario. Lógico. ¿Qué podía pasarle al niño si estaba a tu lado?

Era un día luminoso, apenas una brisa quebraba de vez en cuando la letanía de aquel crucero de ensueños. Tomaron café, comieron facturas, se los veía

contentos, felices. Todo quedó registrado en las diapositivas que tomaste con la Minolta, y que recién logré mirar muchos años después, cuando necesité reconstruir como un detective cada instante de esa jornada que cambió para siempre la vida de nuestra familia. Por lo que pude averiguar, las últimas fotos las tomaste apenas unos minutos antes que la vela diera un respingo violento, inesperado, y con la fuerza de un toro descontrolado empujara a Hugo hacia el agua. Aún en ese momento, me contaron, mantuviste la calma. Con decisión, en un solo movimiento, te arrojaste tras él.

(...) Cuando el final de la tragedia parecía haberse escrito, surge un elemento inesperado. Se aproxima al lugar una pequeña embarcación. Desde ella, un hombre y una mujer levantan en brazos a un chico supuestamente perdido que habían hallado “flotando” en la superficie del agua. Nadie pudo explicar cómo logró esa criatura mantenerse a flote sin saber nadar.

Allí nace la otra historia, la de la hazaña. Todos suponen -yo también- que lograste sostener a Hugo con las últimas palpitaciones de tu corazón agotado hasta cerciorarte de que alguien lo recogía y de esa manera, con la tranquilidad de haber cumplido con la mayor proeza a que un padre puede aspirar, te entregaste al descanso final.

Durante muchos años, la historia del accidente, fue la confirmación de todo lo que mi mente infantil había construido sobre el padre perfecto. Una vida inquebrantable se cerraba sin fisuras. Los discursos, aquellos auténticos gritos de guerra que enarbolabas con tanta pasión frente a tus adversarios, habían pasado la última prueba: morir por una causa noble.

¿Qué podía hacer entonces yo, una criatura que apenas comenzaba a transitar la adolescencia, con semejante legado?

No tenía más alternativas, papá, que perseguir incansablemente la coherencia entre las palabras y los actos, convertirme en un cazador de hipocresías, perseguir como un cruzado a los detractores de la verdad, abrazar la fe de los justos sin especular sobre sus posibles consecuencias.

Eso fue lo que hice, papá. Yo también estaba dispuesto a dar la vida por esos principios.

(...) Con el paso del tiempo, cuando los héroes comenzaron a escasear y su lugar era ocupado por gente de carne y hueso, cobardes, egoístas, trepadores, miserables de variada gama, emergió como un azote la otra cara de la moneda, la fragilidad genética de mis convicciones.

La caída de los dioses me ponía ante un dilema inapelable. O me peleaba con ellos o tenía que convertirme yo mismo en un dios. Fue entonces cuando percibí la primera razón que me dejaba fuera de la carrera divina y que, al comienzo, supuse era el síntoma de una temible enfermedad: yo estaba atravesado por las dudas. Y los dioses no dudan.

Domingo 19 de mayo de 1985

El Cordobazo tiene para mí un significado especial. No solamente porque la revuelta popular del 29 de mayo de 1969 había sido la constatación de que la revolución era incontenible, sino porque me ligué a él a través de dos figuras que marcaron profundamente mi vida: Alberto Caffaratti y Agustín Tosco.

A Caffa lo conocí en un hotel de mala muerte que estaba en la calle Urquiza, a metros del colegio Mariano Acosta. Hacía pocas horas que yo portaba mi nueva identidad, Marcelo Palma, el nombre que me cobijaría durante los once meses posteriores como alumno de la Escuela Superior del Komsomol Leninista en la URSS. De modo que ese encuentro en el barrio del Once fue, en verdad, entre dos personajes ficticios: Alberto Suárez y Marcelo Palma.

(...) A mediados de octubre de 1975, es decir cuatro años después de aquella experiencia moscovita que nos unió, Caffa era el líder de una especie de organización paralela que funcionaba entre un puñado de ex alumnos de la Escuela del Komsomol.

(...) Fue gracias a esas tertulias que tuve la oportunidad de conocer al otro personaje que me acercó sentimentalmente al Cordobazo: Agustín Tosco.

Eran los días de la decadencia del gobierno de Isabel Perón, años de plomo, cuando la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) marcaba el compás del festival de sangre que se había desatado en el país. El Gringo Tosco estaba prófugo de la Justicia, acusado por delitos subversivos. Fue en ese momento que Caffa decidió hacernos, a los integrantes de aquella cofradía moscovita, una de sus más temibles bromas.

(...) A las diez en punto de aquel día de octubre cargado de tensiones, Nicolás y yo, nos convertimos simultáneamente en comité de bienvenida, custodios y transportistas de uno de los hombres más buscados de la Argentina.

(...) Mi vieja, dueña de una amabilidad a prueba de sobresaltos, improvisó una picada con el matambre que había sobrado de la noche anterior, sirvió cervezas y gaseosas mientras contemplaba atentamente los pasos de un gigantón de ridículo flequillo que presidía la tertulia desde el único sillón que integraba el mobiliario de su atestado living. El hombre, al que sus compañeros llamaban Pedro, parecía dueño de una calma inadecuada para la situación. Cada tanto, se tomaba la cabeza con su mano derecha, cerraba los ojos y dejaba traslucir un gesto de dolor. Eran segundos de tensión, como si un rayo hubiera atravesado sus sienas. Durante esos instantes, los demás hacían silencio de misa. Luego, cuando Pedro volvía a pestañar, retornaba el clima de asamblea.

Incómodo por la invasión mediterránea, traté en todo momento de esquivar a mi madre para evitar cualquier tipo de explicación, hasta que, un viaje a la cocina para reforzar la cuota alimentaria de los visitantes, nos puso frente a frente:

–¿Quién es el de flequillo? –interrogó en voz casi inaudible la dueña de casa.

–¿Quién es quién? –intenté hacerme el idiota.

–El de flequillo, el hombre de flequillo que parece maricón.

–Ah, ese... no sé, Pedro, un amigo de Alberto, ¿por?

La farsa duró poco. Mientras ingresábamos al living con sendas bandejas cargadas de alimentos, Pedro descubrió el juego.

–¡Qué calor da esta mierda! –exclamó mientras dejaba su calva y su verdadera identidad a la vista de mi vieja.

Con su actitud, el célebre prófugo –cuya imagen solía aparecer en los noticieros televisivos de la época con la inscripción “Buscado”- provocó una descompensación en aquella amable anfitriona, cómplice involuntaria de la resistencia obrera. Alcancé a sujetarla mientras los trozos de matambre rodaban por el piso y el color de su cara se

cubría de un tono sepia similar a las fotos de los años felices que guardábamos en el cajón de los recuerdos.

(...) El optimismo histórico, papá, fue nuestra mayor creación. Desde la Comuna de París, pasando por la Revolución de Octubre, hasta Cuba y Vietnam, siempre estábamos un poco mejor, un escalón más arriba. Eso hacía que en nuestra casa se respirara un aire especial. Todos mis recuerdos infantiles saben a miel. Te debo muchos años de alegría.

Pero tengo mala noticias, viejo. Todo estalló en mil pedazos...

Primero fue el Muro de Berlín.

Sí, viejo, se lo cargaron...

¿Las tropas enemigas?

¡No, qué va...!

La gente, viejito, la gente.

¿Los occidentales?

No, no... De ambos lados. Le dieron pala y pico hasta convertirlo en una montaña de escombros. Luego hubo fiesta toda la noche. Los del Este se abrazaban con los del Oeste... Actuó Pink Floyd.

¿Los comunistas, qué hicieron?

Depende. Algunos estaban ahí festejando. Otros, sobre todo los altos dirigentes, se escondían o buscaban cómo preservar sus riquezas.

Sí, en serio, muchos tenían la guita en Suiza... Pero, otros no alcanzaron a depositarla.

¿La URSS?

No, la URSS tampoco existe más...

¡Qué Tercera Guerra Mundial! No... También explotó sola.

(...) Ganó el capitalismo. Vino Yeltsin.

Comprendo que estés confundido, pero fue así.

¿Los dirigentes del proletariado?

Ahh... los más importantes también se hicieron millonarios: banqueros, industriales, comerciantes; son los nuevos capitalistas...

No, a Lenin lo dejaron en el Mausoleo. Pero ahora hay que pagar entrada...